Los Pájaros Eran Diferentes Entonces

Obra escrita en inglés por la

Sra. ENGRACIA DE ROSADO

Traducida al español por el Lic.

PASTOR ESQUIVEL NAVARRETE

Ilustraciones de M. Castro

EDITORIAL ANTHONY, S. A.

Impreso en México, D. F.

Printed & Bound in Mexico

3ª Edición

1946

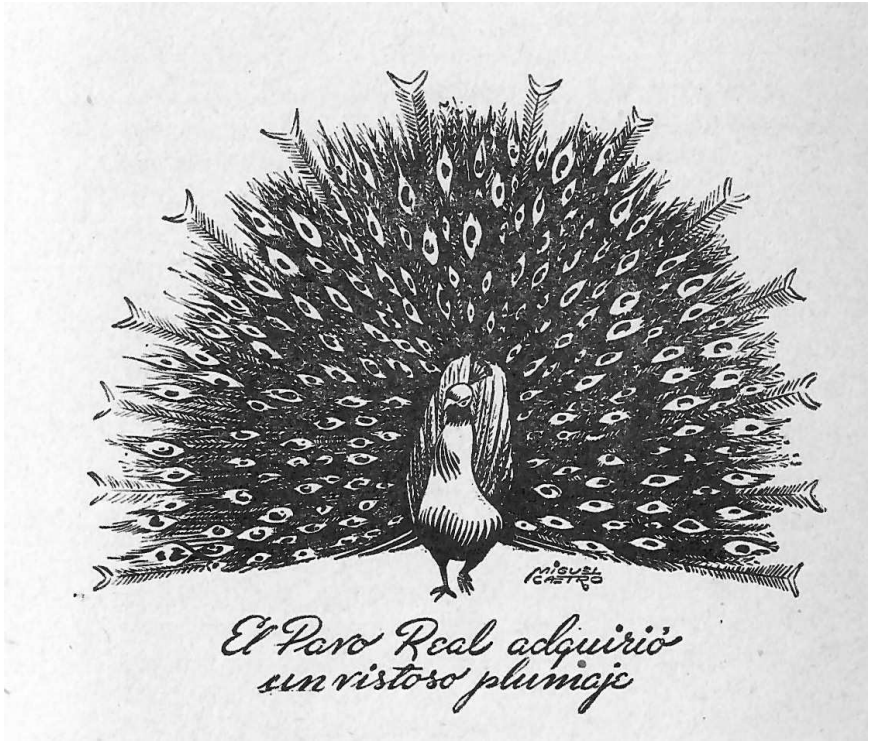
Esta obrita es devotamente dedicada a la memoria de mi esposo, don José Rosado fallecido en la ciudad de Mérida en el año de 1939.

También la dedico a la memoria de mi adorado hijo, Jorge Danilo Rosado, Primer Teniente de la Armada Aérea Americana, quien dió su vida en aras de su patria en octubre de 1944.

ENGRACIA DE ROSADO

Indice

	Página
Cómo el Pavo Real adquirió su plumaje	9
Por qué el pájaro Puhuy interroga a los viajeros	17
Cómo el Ruiseñor aprendió a cantar tan dulcemente	23
Por qué el Cuco nunca construye su nido	31
Cómo adquirió el Colibrí su traje de boda	39
Cómo se le chamuscaron las plumas al Pavo Milano	47
Por qué el Buho permanece en su guarida durante el día	55
Por qué el Mirlo viste de negro	63
Por qué la Golondrina construye su nido con barro	71
Por qué la Paloma Torcaz vuela muy bajito	79
Por qué la Codorniz anida en el césped	85
Por qué el Momoto vive en la floresta	93



El Paro Real adquirió un vistoso plumaje

PREFACIO DE LA AUTORA

Estas leyendas acerca de las transformaciones en los pájaros de antaño fueron escritas para satisfacer mi propia curiosidad. Pero antes de entrar en detalles de cómo y cuándo se produjeron esas transformaciones, y para satisfacer la natural curiosidad del lector acerca de la procedencia e identidad de la autora, creo pertinente hacerle saber de otros cambios que en personas y lugares se efectuaron siglos después.

Pues bien, yo vengo "de la Isla en cuya leve arena, esparce sus encajes cantando la onda azul," como dijo el inspirado poeta, Lic. Lorenzo Rosado D. en una linda canción. Esta histórica isla, situada en el Mar Caribe o de las Antillas, fué conocida en tiempo de los mayas con el dulce nombre de "Cuzamil," o Isla de las Golondrinas. Hoy se llama simplemente, Cozumel.

Mi apellido antes de ser Rosado fué Aguilar. Pero al lanzarme en la carrera de las letras, y viviendo como lo he hecho desde hace muchos años en un país donde todo se simplifica, de Engracia Aguilar de Rosado mi nombre se tornó lisa y llanamente, en Engracia de Rosado.

Ahora veamos a qué se debieron las transformaciones en los pájaros de estas leyendas.

Cuando el mundo apenas se formaba, según las leyendas mayas, los pájaros no eran como son hoy. El Pavo Real era feo y de poco atractivo plumaje, el Ruiseñor no cantaba y el Mirlo era tan blanco como la espuma de las rompientes olas. Todos los animales del reino alado en la tierra de los mayas eran entonces diferentes.

Pero andando el tiempo, en el transcurso de los años, se produjeron grandes cambios entre todos los seres vivientes. El Pavo Real adquirió un vistoso plumaje, el Ruiseñor aprendió a modular maravillosos trinos, y el Mirlo se vistió de riguroso luto. Y todavía hubieron otros que cambiaron de aspecto y de costumbres hasta que llegaron a ser como son los pájaros de hoy.

Yo quise saber cómo y cuando se produjeron estos cambios. Las leyendas mayas mas comunmente impresas que pude consultar me dieron algunas orientaciones y no poca ayuda. Ellas tratan generalmente de árboles, rocas y akales (sartenejas) animales de varias clases, dioses y seres humanos. Pero todavía no estaba satisfecha, y así me impuse la tarea de continuar en la búsqueda de una respuesta satisfactoria a mis preguntas.

La respuesta vino al fin en la persona del Lic. Luis Rosado Vega, laureado poeta y escritor yucateco, quien con la gentileza que le caracteriza me proporcionó valioso material

para mis trabajos. El se había compenetrado de las leyendas, tomando como fuente los relatos de las personas ancianas con quienes él tuvo la ocasión de tratar con motivo del puesto que ocupaba como organizador y Director del Museo Histórico y Arqueológico de Mérida, Yucatán.

Los Pájaros de antaño en esas leyendas eran como los seres humanos. Ellos eran buenos y malos, modestos y orgullosos, honestos y falsos, con todas las virtudes y vicios de verdaderas personas. Resulta de allí, que los cambios que se verificaron en ellos, vinieron como recompensa o castigo de los dioses, o tal vez como resultado de amores y odios de vecinos en el reino alado.

He ahí algo sobre lo cuál se podía trabajar. Los documentos antiguos hacen mención de un Principito maya y de una Vieja de Maní (1) desde el principio de los Tiempos. Que ella hubiera sido la que verdaderamente le narró los cuentos a Na-sul, eso no hace al caso. En este libro la hago relatar mis leyendas acerca de cómo y por qué tuvieron lugar los cambios en los pájaros.

Estas explicaciones sobre lo que sucedió en el reino alado en la tierra del Mayab, satisfacen mi propia curiosidad, y espero que satisfaga la de ustedes.

E. DE ROSADO

(*) Maní: pueblo del partido de Ticul, Estado de Yucatán.



Bajo una enramada de fragantes jazmines la anciana de Maní relata sus cuentos al Principito Maya.

COMO EL PAVO REAL ADQUIRIO SU PLUMAJE

En lo más profundo de los bosques de la tierra del Mayab, vivía un Principito llamado Na-sul. Habitaba en un bello palacio en la antigua ciudad de Chichen-Itzá. Tenía nueve años y era un simpático y bien educado Principito. Todas las tardes, cuando las hojas de los altos árboles comenzaban a mecerse al fresco soplo de la brisa juguetona, su aya, una señora noble de nacimiento, acostumbraba sentarlo sobre sus rodillas y contarle bonitos cuentos.

No lejos del palacio, hacia el camino del bosque, vivía una anciana llamada Xnuci-Maní, que en el lenguaje de los mayas significa, "Vieja de Maní." Ella parecía saberlo todo y de muchas leguas a la redonda venían las gentes a oír sus historias de cuando el Mundo apenas se formaba, pues aseguraba haber es-

tado en la tierra desde el principio de los Tiempos.

Una tarde Na-sul y su aya salieron de los terrenos del palacio y se internaron en el bosque donde vivía la Vieja de Maní. Era un día muy caluroso. La viejecita estaba sentada a la puerta de su casita de paja, alisando con sus largos y huesosos dedos, el blanco cabello que le caía como un manto sobre sus hombros inclinados por la edad.

Con la ayuda de su bastón, Xnuci-Maní se levantó para saludar al Principito y a la noble señora. La viejecita conocía a Na-sul desde que era muy pequeñito. Sabía también lo afecto que era a oír cuentos, y le ofreció contarle algunos si prometía permanecer quieto por unos minutos.

Na-sul era un niño muy atento. Dió las gracias a la anciana y se sentó muy quietecito bajo una gigantesca ceiba... La noble señora y Xnuci-Maní trajeron unos banquillos de madera y se sentaron cerca del Principito. Entonces, en voz baja y clara la viejecita comenzó el cuento.

"Como debes saber, oh, noble Príncipe, los pájaros no fueron siempre como son hoy. Hace mucho tiempo que el Gran Espíritu, cansado de las constantes riñas que entre las aves se efectuaban, decidió convocar a una asamblea para elegir entre ellas una, capaz de gobernar a las otras.

Cada una en su fuero interno pretendía ser la elegida, y trataba de demostrar a las otras el por qué de su pretensión.

"No hay duda", dijo Xkokol-ché, el Ruiseñor, "de que el ave que tenga la voz más dulce, será la elegida". Y estirando su regordeta gargantita, ensalló sus trinos más difíciles.

"Es indiscutible", dijo Cutz, el Pavo Montés, "que la elección debe recaer en la más fuerte. Para mantener en orden a las pleitistas se necesita una mano vigorosa, y en eso, ninguno podrá sobrepasarme". Y extendiendo sus anchas alas, con un poderoso golpe rompió una rama del árbol en que se posaba.

"Ninguna está más capacitada para regir a las otras que yo", dijo Chac-dzibdzib, el Cardenal. "Mírenme y se convencerán". Y deslizándose por delante de las demás, desplegó su regio manto de plumas color escarlata.

Así también las demás aves mostraron por turno sus buenas cualidades ante sus amigos y admiradores.

Dzul-Cutz, el Pavo Real, que había estado escuchando pacientemente, no abrió la boca. Era muy ambicioso. Estaba muy orgulloso de su esbelto cuerpo, pero también se daba cuenta de su ralo y poco atractivo plumaje, pues él no estaba vestido como está hoy.

"Oh, no", suspiró, "nunca podré ser elegido tal como soy, pero si yo pudiera adquirir

otro traje....." Meditó por un momento y después voló hacia su amigo Puhuy, el Mensajero de los Caminos.

"He venido a hacerte una proposición, mi querido Puhuy", dijo Dzul-Cutz en tono adulador. "Tu plumaje es muy bello pero no te parece que eres demasiado pequeño para ser el Rey de las Aves? Yo temo que te falte la gracia y elegancia que yo tengo. Yo no puedo darte mi cuerpo, pero tú si me podrías prestar tus plumas aunque fueran solamente para esta ocasión. Por este pequeño favor", añadió, "compartiré contigo las riquezas y honores de mi reino".

Puhuy guardó silencio. Pensó en la gloria de ser un allegado del rey, pero no se sentía resuelto a despojarse de su rico y bello plumaje.

El Pavo Real insistió en su petición protestando la honradez de sus intenciones. Y al fin completamente vencido por la tentadora oferta, Puhuy el mensajero de los caminos aceptó la proposición.

Una por una Puhuy fué despojándose de sus plumas y el Pavo Real las fué ajustando a su esbelto cuerpo. Las plumas crecieron y se multiplicaron en él. El Pavo Real se vió muy pronto revestido con un primoroso traje de larga cola, en la cual relucían, el lápizlázuli del cielo de los mayas, el jade de su sagrada

serpiente, y los tintes vivos de los crepúsculos tropicales.

Contoneándose, con las alas ligeramente inclinadas a los lados y la cabeza levantada al aire, el Pavo Real entró al lugar donde todas las aves de la tierra del Mayab estaban congregadas para la elección. Con sus pies cuidadosamente lavados marcaba el compás de las notas marciales que se desgranaban grandiosamente de su largo cuello.

"Ahs!" y "Ohs!" de sorpresa se escucharon por todos lados. Algunos envidiosos movieron violentamente las alas con rabia, y se dice que algunas pájaras se desmayaron de emoción. Solamente el Gran Espíritu quedó complacido con el maravilloso cambio que había hecho del feo Pavo Real una bellísima ave. Llamó a todos los concurrentes al orden, y con voz alta que fué oída por todas partes, proclamó al Pavo Real, "Rey de todas las Aves".

Xnuci, la vieja de Maní, dejó de hablar y miró al Principito. Durante la narración del cuento éste no había apartado los ojos del rostro de la anciana.

"¿Y el Pavo Real devolvió las plumas?". preguntó el pequeño Príncipe con curiosidad creciente.

"Ah!", exclamó la Vieja de Maní, abriendo desmesuradamente su arrugada boca.

"¿Conque quieres saberlo? Pues bien, voy a decírtelo.

"No, noble Príncipe, el Pavo Real no devolvió las plumas. Una vez que se encontró proclamado Rey, olvidó todas sus promesas.

"Un día, un grupo de pájaras, habiendo notado que Puhuy no asistía a las asambleas, sospecharon una mala jugada de parte del Pavo Real. Buscaron y buscaron, y al fin encontraron al pobre Puhuy bajo un arbusto, tiritando de frío y casi muerto de hambre.

"Al oír las tribulaciones de Puhuy, sus tiernos corazones se llenaron de justa indignación. Todas las aves de la Tierra del Mayab escribieron una carta al Gran Espíritu pidiendo que el Pavo Real fuera debidamente castigado. Desde entonces, cada vez que abre el pico, en lugar de su melodioso canto de otros tiempos, un estridente y desagradable sonido se escapa de su garganta. Y todos los pájaros se ríen y se burlan de él, en justo castigo de su traición".

"¿Y qué sucedió con el pájaro Puhuy?", preguntó el Príncipe Na-sul.

"Ah, noble Príncipe, ese ya es otro cuento", contestó Xnuci la anciana de Maní, alargando la mano hacia su bastón: "Pero si vienes a visitarme otra vez te lo contaré con todo gusto".

En prueba de su gratitud el Príncipe Na-sul dió a la vieja de Maní un ornamento de jade.

Y antes de que la luz del sol se hubiese desvanecido entre las sombras de la noche, el Príncipe y la noble señora habían recorrido la mitad del camino rumbo al palacio en la antigua ciudad de Chichén-Itzá.



El Principito Maya admirando y gozando los dulces trinos del Ruiseñor.

POR QUE EL PAJARO PUHUY INTERROGA A LOS VIAJEROS

Na-sul, el Principito Maya, se portó muy bien en toda la mañana. Estudió sus lecciones sin protesta y sus tutores, los H'menes (los hombres sabios) estaban orgullosos de él. Su aya, la noble señora, estaba maravillada de su comportamiento, porque... "Caramba!", se dijo, "ni siquiera chistó cuando se le escarbaron las orejas". Y entonces sonrió al recordar que irían a visitar a la Vieja de Maní esa misma tarde.

Llevando otro presente para Xnuci, la anciana de Maní, cuidadosamente guardado bajo su cinturón, Na-sul, acompañado de la noble señora, se encaminó hacia la casa de la viejecita, mucho antes de la hora señalada.

Xnuci-Maní estaba sentada a la puerta de su humilde casita, alizando sus blancos cabellos con sus largos y delgados dedos. Ella

también aguardaba ansiosamente la visita del Principito, y este es el cuento que le contó esa tarde.

"Después de haberle prestado sus pintorescas plumas al Pavo Real, Puhuy, el Mensajero de los Caminos, se encontró tan desnudo como un pajarito recién brotado. Se miró a sí mismo y se sintió casi arrepentido de haber obrado con tanta ligereza. Oyó que otros pájaros se acercaban y corrió a ocultarse bajo la maleza.

El sol estaba alto, pero el pobre y desnudo pajarito tiritaba de frío en su escondite, mientras los pájaros en las ramas altas se divertían. Algunos saltando de rama en rama, otros charlando bulliciosamente, y la mayoría cantando alegremente.

"Será por un día o dos", Dzul-Cutz le había dicho, al pedirle las plumas, y así el pobre pajarito, pensando en lo que le produciría el pacto con aquél, esperaba... esperaba... esperaba.

Hambriento y casi muerto de frío Puhuy permanecía oculto en los matorrales, y sin embargo su fe en su amigo, el Pavo Real permanecía inquebrantable. "El vendrá", exclamaba, picando semillitas aquí y allí para aplacarse el hambre.

Pero pasó un día, dos y pasó una semana y no había ni señas del Pavo Real. Al pobre Puhuy le pareció una eternidad. Estaba de-

sesperado. No podía salir a buscar su comida porque tenía vergüenza de que los otros pájaros le vieran sin sus plumas.

Así fué pasando el tiempo y al fin Puhuy se cansó de esperar. Bajo los matorrales las semillitas y los insectos eran cada vez más escasos, y por eso decidió salir de su escondite e interrogar a toda persona que encontrara en los caminos.

Al acercarse algún caminante le salía al paso, y lleno de ansiedad, gritaba:

"Puhuy? Puhuy?", lo que en su idioma significa: "¿Dónde está él? ¿Dónde está él?

La leyenda nos dice que allá en aquellos tiempos, cuando el mundo acababa de formarse, los Mayas y los animales vivían juntos, y hablaban el mismo idioma. Pero cuando esto sucedió los Mayas habían ya olvidado el lenguaje de los animales y no le podían responder.

El pobre pajarito al fin se cansó, y tirado debajo de un arbusto, helado y casi muerto de hambre, fué encontrado por las gentiles pájaras, una mañana muy temprano. A la vista del infortunado animalito sus tiernos corazones se llenaron de piedad e indignación...

Todos los pájaros de la tierra del Mayab fueron llamados para ser testigos de la triste y deplorable condición de Puhuy, y a cada uno se le pidió que donara una pluma para vestir al desnudo pajarito. Xkokol-ché, (el Rui-

señor) sin embargo de ser pobre y humilde, dió más plumas que los demás y entonó una preciosa canción para levantar el ánimo del desventurado Puhuy.

Y éste es el por qué, Oh, noble Príncipe, Puhuy, el Mensajero de los Caminos, está vestido con plumas de varias clases y colores. Pero todavía está avergonzado de llevar un traje que no le pertenece, y no obstante el tiempo transcurrido, permanece vigilante en los caminos en acecho del Pavo Real que lo engañó y despojó de su bellísimo plumaje. Corre ansiosamente adelante de los viajeros, y deteniéndose un momento, grita con voz suplicante: "Puhuy? Puhuy?", pero todo es en vano....."

Xnuci, la Vieja de Maní, finalizó el cuento lanzando un hondo suspiro.

"Y Xkokol-ché, tiene también su historia?", preguntó Na-sul.

"Sin duda, oh, noble Príncipe!", respondió la viejecita, tomando su bastón. "Te la contaré en tu próxima visita".

El Príncipe Na-sul dió las gracias a la Vieja de Maní.

Al regresar al palacio, un pájaro que se parecía al Pavo Real por la forma de su pequeño cuerpo, pero vestido con humilde y desigual plumaje, saltó frente a Na-sul, gritando: "Puhuy? Puhuy?" "Dónde está él? Dónde está él?"

Na-sul, emocionado, apretó la mano de su aya y las lágrimas brotaron de sus ojos, pues él era un maya y no podía responderle. !Los mayas habían ya olvidado el lenguaje de los pájaros!



El Cardenal movía orgulloso su pico y garganta simulando que de allí salían los melodiosos trinos que dulcemente cantaba el Ruiseñor.

COMO EL RUISEÑOR APRENDIO A CANTAR TAN DULCEMENTE

El deber de Kukulcán, la sagrada serpiente alada, era disipar las nubes de los cielos con sus multicolores plumas. Por espacio de una semana se descuidó de hacerlo, y Yum-Chaac, el dios de las lluvias, aprovechándose de ese descuido, correteó a sus anchas inundando todo cuanto encontró a su paso. Por esto el Príncipe Na-sul se vió obligado a permanecer en su palacio durante muchos días.

Tan pronto como el sol brilló de nuevo, por el camino refrescado por las aguas, Na-sul y la noble señora se internaron hacia el bosque donde vivía la Vieja de Maní.

Xnuci-Maní estaba tomando el sol a la puerta de su casita de paja. Al ver al Principito y a la noble señora, una sonrisa de bienvenida curvó la comisura de su arrugada boca.

"¿Cuál fué el cuento que te prometí narrar, oh, noble Príncipe?", preguntó la viejecita haciendo un ligero guiño.

"El cuento de la Xkokol-ché, (Ruiseñor)", replicó Na-sul.

"Ajá! ¡Bien lo recuerdas", dijo la Vieja de Maní, "entonces te lo contaré".

"Xkokol-ché era la hija mayor de una familia pobre. Desde su tierna infancia demostró apego al trabajo. Conservaba su nido limpio y nítido, enseñaba a sus hermanitos y hermanitas a volar, y hasta atrapaba insectos para alimentar a los más pequeños.

El deseo más grande de su vida había sido siempre el poder entrenar su voz, pero su familia era muy pobre y no podía hacer los gastos que esto requería. Por eso decidió trabajar y ganar lo suficiente para tomar lecciones.

En los alrededores había una gran casa en la cual vivía una familia aristocrática. Allí, entre las muchas sirvientas, Xkokol-ché encontró lugar para hacer los menesteres domésticos más humildes.

Esta familia tenía una hija llamada Chac-dzibdzib, el Cardenal. Chac-dzibdzib era muy bella pero vanidosa y frívola. Sus padres deseaban darle una buena educación, pero ella jamás se estaba quieta el tiempo necesario para estudiar.

"Soy rica y bella", dijo un día a Xkokol-ché, "por qué he de tomarme el trabajo de estudiar?" Y alizando sus brillantes plumas escarlata, voló hacia el bosque para jugar con las otras jovencitas de su clase y condición.

Los padres de Chac-dzibzib no se desanimaban. Teniendo noticias de que un gran profesor de canto había llegado a la tierra del Mayab, enviaron por él y le rogaron que enseñara a su hija a cantar. Como ninguno de la familia había tenido esa facultad, creían que esto había de contribuir a dar más prestigio a su elevada condición.

Esta vez Chac-dzibdzib se enfureció. "Por qué he de forzar las cuerdas de mi linda garganta para aprender tan dificultosos trinos? Soy linda como pocas aves y no necesito más", gritó, rizando sus preciosas plumas.

Sus padres insistieron rogándole que tomara las lecciones de canto. Y pataleando con rabia en la rama en que se posaba, agregó: "No! De ninguna manera." Lanzando chillidos desaforados Chac-dzibzib voló hacia el bosque donde la esperaba un grupo de sus amiguitas.

Xkokol-ché, la pajarita sirvienta, se encontraba en los alrededores recogiendo insectos para la cena. Antes de que hubiera podido levantar sus alas para taparse los oídos, oyó el arranque de cólera de Chac-dzibdzib.

"Ay, qué manera de hablar!", exclamó.. "En toda mi vida nunca había yo visto semejante ingratitud. Aquí estoy yo anhelando entrenar mi voz!" Suspirando hondamente el Ruiseñor alizó su humilde plumaje y continuó su trabajo como de costumbre.

Después de muchas súplicas de sus padres y raptos de cólera de su parte, la señorita Chac-dzibdzib aceptó al fin tomar las lecciones de canto.

Desde entonces, todas las mañanas antes del alba, Xkokol-ché apresuraba su trabajo en la cocina. Terminando éste, se ocultaba en lo más espeso del follaje de una ceiba, para escuchar todas las notas y trinos que el profesor le enseñaba a la hija de la casa, en el difícil arte de cantar.

No había transcurrido mucho tiempo antes de que el profesor quisiese dar por terminadas las lecciones, porque Chac-dzibzib no prestaba atención a ellas. Pero el empeño que habían manifestado los padres de su discípula, lo mantuvieron en su tarea que no ofrecía esperanza alguna.

Mientras tanto, desde su escondite, el Ruiseñor no había perdido una sola lección. Todas las tardes, después de que concluía sus ocupaciones, se iba a lo más profundo del bosque y allí, a solas, practicaba los trinos hasta que los aprendía de memoria. Al fin la po-

bre y humilde pajarita había conseguido el anhelo más grande de su vida!

La primavera tocaba ya a su fin. Los padres de Chac-dzibdzib, deseosos de oír cantar a su hija, acordaron presentarla en un concierto, sin antes haber consultado al profesor o a la misma Chac-dzibdzib.

Al saberlo el Profesor quedó anonadado. ¿Pero qué podría hacer? Decir a los orgullosos padres que su hija no había aprendido lo bastante para cantar en público? ¡Era imposible! Ellos no lo creerían. Con las alas caídas por el desaliento el Profesor estaba saltando nerviosamente de rama en rama cuando Chac-dzibdzib llegó, tarde como de costumbre, a la lección del día. El Profesor opinaba que era mejor decir la verdad, pero Chac-dzibdzib no quiso ni oirle. Aunque ella era vana y perezosa, en el fondo de su alma guardaba un profundo respeto por los sentimientos íntimos de sus padres.

"Espera!", suplicó al profesor. "Espera por favor! Yo buscaré algo que pueda solucionar nuestro problema". Y voló hacia la floresta en busca de un lugar solitario donde pudiera pensar cómo salir de aquel aprieto.

Súbitamente y cuando menos lo esperaba, un dulce y melodioso canto llegó a sus oídos. Chac-dzibdzib quedó pasmada. Miró a su alrededor pero no vió a nadie. Volvió a mirar, y entonces descubrió en un oculto rincón, a la

más modesta de las aves, quien olvidándose de todo el mundo, estaba cantando, cantando como Chac-dzibdzib jamás había oído a ningún otro pájaro cantar.

El Cardenal se llenó de ira. "¡Cómo!", exclamó, hinchando sus alas. "Ella! La más humilde de mis sirvientas!" Chac-dzibdzib estaba lista para volar y atacar al Ruiseñor con su afilado pico, cuando se detuvo. Una idea habíasele ocurrido. Emplearía a Xkokol-ché para cantar por ella en el concierto.

"¡Bravo! ¡Bravo!", aplaudió Chac-dzibdzib dominando su orgullo. "Tienes una voz maravillosa." Y pasando un ala sobre la espalda temblorosa de Xkokol-ché después de hacerle la proposición, le prometió ser amable y bondadosa con ella en lo sucesivo.

Más tarde Chac-dzibdzib explicó su plan al Profesor, y él no tuvo más remedio que aceptar.

La fecha del concierto llegó. Un árbol gigantesco de tupidas ramas había sido escogido para el lugar de la audición. Gran multitud esperaba con impaciencia oir cantar a la rica y aristocrática hija del Cardenal.

Chac-dzibdzib se posó en una rama a la vista de la concurrencia y orgullosa estiraba su bella garganta ensayando algunas notas, mientras oculta en el follaje, Xkokol-ché se preparaba para comenzar.

El primer número fué un verdadero éxito. Toda la concurrencia se maravilló de la exquisita ejecución de aquellos raros y melodiosos trinos. Al oir los prolongados aplausos, Chac-dzibdzib se hinchó de orgullo. Sus regias plumas y su cresta de llameante escarlata, relucían cuando los rayos del Sol de la mañana caían sobre ellas.

El segundo número fué un tierno arruyo. Cuando las claras notas se elevaban dulcemente, todo el mundo quedó encantado. Con las alas extendidas y los picos abiertos, los pájaros se preparaban para aplaudir con más entusiasmo, cuando repentinamente la melodía dejó de oirse. Chac-dzibdzib continuaba haciendo los ademanes del canto, pero en vano. De su preciosa garganta no se escapaba ni un sonido.

El profesor dióse cuenta de que algo raro ocurría y voló inmediatamente al lugar donde se encontraba oculta Xkokol-ché. La pobre pajarita estaba saltando de rama en rama, pugnando por respirar. Durante uno de sus más hermosos trinos, un insecto se había introducido en su garganta y se había alojado en ella.

Al descubrirse el fraude Chac-dzibdzib enrojeció de ira. Rápida como el rayo voló hacia la indefensa Xkokol-ché y la acometió con su agudo pico escarlata.



Cerrando sus ojos el heroico "CUCO" se lanzó a la humeante fogata para salvar las semillas.

POR QUE EL CUCO NUNCA CONSTRUYE SU NIDO

Na-sul, el Principito maya, acababa apenas de tomar asiento en su acostumbrado lugar bajo la ceiba, cuando Xnuci, la Vieja de Maní, apoyándose en su bastón salió de su casita de paja. Sonriéndose alegremente saludó al Principito y a la noble señora.

"¿Cuál será nuestro cuento de hoy, oh, noble Príncipe?", preguntó la viejecita sentándose en un banquillo cerca de la noble señora.

"Desearía saber algo acerca de ese perverso y malvado pájaro que arroja sus huevos fuera del nido", dijo Na-sul. "Yo vi uno ayer mientras jugaba en los jardines del palacio".

"Oh, noble Príncipe!", exclamó la Vieja de Maní levantando sus marchitos ojos al cielo. "Se trata sin duda de Dziú, el "Cuco". El pájaro a quien se debe la más alta reverencia por parte de los mayas. No, de ninguna ma-

nera", añadió. Ese pájaro no es ni malvado ni perverso, como pronto te convencerás oyendo mi relato.

"Cuando la vida apenas comenzaba en la tierra de los mayas, el pájaro Dziú era distinto de lo que es hoy. Tenía plumas de varios colores, y sus ojos castaños hacían juego con su plumaje. En la primavera construía su nido, empollaba sus hijuelos y los criaba como es costumbre entre todas las aves.

Pero un día Yum-Chaac, el dios de las aguas, quien lo es también de la agricultura, observó que el fructífero suelo poco a poco iba perdiendo su fertilidad.

Yum-Chaac sintió gran congoja. Sabía que sin los productos de la tierra la vida en este mundo pronto tocaría a su fin. Meditó largamente y luego decidió como último recurso, que las milpas o sementeras fueran quemadas a fin de que las cenizas fertilizaran la tierra.

Como esto era una tarea demasiado grande para uno solo, convocó a todos los pájaros y les dijo:

"Necesito vuestra ayuda. Como ustedes pueden ver, nuestros hombres trabajan la tierra incesantemente y sin embargo las cosechas de maíz, calabaza y frijoles son cada día más escasas. Las milpas viejas deberán ser quemadas. Kak, el dios del fuego nos proporcionará la chispa para comenzar. Pero antes de esto, es preciso, que las diferentes clases de

semillas sean recogidas para las siembras del año próximo".

Los pájaros escucharon atentamente y ofrecieron ayudar a Yum-Chaac.

A la mañana siguiente Dziú, que siempre era el primero en responder al llamado del deber, llegó al lugar designado a hora muy temprana. Trabajó diligentemente y reunió más semillas que ningún otro pájaro. Pero después de muchas horas de trabajo se sintió cansado y con el permiso de Yum-Chaac el Dios de las Aguas, se retiró a descansar bajo la sombra de un arbusto.

Todo marchaba bien hasta el momento en que los otros pájaros se dieron cuenta de la ausencia del Cuco. Entonces comenzaron a perder el entusiasmo.

Yum-Chaac vió con alarma que el fuego iba avanzando rápidamente hacia el sembradío del maíz, y que los trabajadores no habían conseguido llegar a él. Súbitamente y con voz estruendosa, pidió auxilio. El maíz, el alimento más precioso para el hombre lo mismo que para los animales y aves, estaba en grave peligro de ser destruído para siempre. Alguien tendría que ofrecerse para salvar las mazorcas que contenían las semillas.

De nuevo el Dios de las Aguas solicitó la ayuda de los pájaros. Estaba desesperado. El maizal estaba ya rodeado de fuego y ninguno había respondido a su primera llamada.

Al oír la segunda llamada algunos pájaros hicieron débiles esfuerzos para romper la muralla de fuego pero sin éxito. El calor era insufrible. Espeso y negro humo invadía todo el campo cegando la vista de los pájaros.

Por tercera vez se oyó la poderosa voz de Yum-Chaac. Estaba ya fuera de sí, y en su mandato se percibía una terrible amenaza.

Los pájaros temblaron de miedo. No temían morir, pero la primavera apenas comenzaba y algunos tenían a sus compañeras empollando los huevos, y otros, pequeñuelos recién brotados. El pensamiento de sus hijuelos desnudos y por siempre hambrientos en el nido, les impedía todo movimiento y permanecían como clavados en las ramas en que se posaban.

Dziú oyó el último llamado y salió precipitadamente del lugar en que reposaba. El cuadro que se ofreció a su vista era aterrador. Espeso manto de humo obscurecía los cielos. El fuego, ese horrible monstruo de mil bocas, impelido por una brisa súbita, estaba devorando todo cuanto encontraba a su paso. El crujido de los tallos y troncos que ardían se oía claramente.

Dziú quedó horrorizado. Pensó en sus pequeñuelos indefensos en el nido, y comprendió que si el maíz era exterminado de la tierra ellos serían privados de su principal alimento. No, su elección era clara.

Voló a la copa de un árbol y desde arriba estudió la situación. Entonces, cerrando los ojos, se arrojó sobre el fuego que lo consumía todo. La lucha contra el humo que le ahogaba era desesperante. Los ojos le ardían horriblemente, y en medio del intenso calor sintió que sus plumas se rizaban peligrosamente. Pero a pesar de todo el valiente Dziú continuaba recogiendo las preciosas semillas. Unas veces de las matas ardiendo caídas por el suelo, y otras de las pocas plantas que aún se mantenían en pie.

Los otros pájaros observaban con admiración los movimientos del Cuco. Su Charla acostumbrada había cesado. Sus picos se mantenían abiertos en toda su extensión.

En el último viaje, y después de haber reunido suficientes semillas para reponer las destruídas milpas, el Cuco cayó exhausto al suelo. El pobre pájaro estaba tan cambiado que no se le podía reconocer. Tenía los ojos inflamados, las plumas completamente quemadas, y el cuerpo cubierto de ampollas.

Los pájaros corrieron hacia él para prodigarle sus cuidados. Yum-Chaac (el Rey de las Aguas) lo llevó a un lugar fresco y sombreado y lo revivió con agua fría.

La salvación de la semilla del maíz fué una hazaña tan grande que los pájaros solicitaron una recompensa apropiada para Dziú. Yum-Chaac, complacido por este acto de los pája-

ros, sugirió que a la familia de Dziú se le diera el privilegio de usar los nidos de otras aves para depositar sus huevos. Entonces, en un arranque de gratitud, todos los pájaros de la tierra del Mayab ofrecieron empollar y criar a todos los descendientes de Dziú, el Cuco.

Para que los otros pájaros no olvidasen su promesa, Yum-Chaac decretó que los ojos de Dziú permanecieran siempre enrojecidos, y que los extremos de sus alas tuvieran siempre el color gris de la ceniza.

Y esta es la razón, oh, noble Príncipe, de por qué Dziú nunca construye un nido ni cuida de sus polluelos. Sin quehaceres domésticos, el más valiente de todos los pájaros está en libertad de proteger y salvar la preciosa semilla del maíz, si la ocasión se presentase de nuevo".

Xnuci, Vieja de Maní, concluyó el cuento y su ojos siguieron un instante los rápidos movimientos de una avecilla de vivos colores, que se posaba de flor en flor.

"Esa es la pequeña Dzunuun, el Colibrí, oh, noble Príncipe", explicó la Vieja de Maní. "Ella también tiene una bonita historia".

"¿Podría usted contarnos esa historia hoy?", preguntó Na-sul, abrigando una ligera esperanza.

"Oh, no. Hoy no", replicó la viejecita acompañando su negativa con movimiento de cabeza. "Pero tendré mucho gusto en contártela

en tu próxima visita'". Xnuci-Maní se apoyó en su bastón y ayudada gentilmente por el principito maya, entró a su casita de paja.

Con un nuevo y comprensivo respeto por los raros hábitos del pájaro Dziú o Cuco, Na-sul y la noble señora se encaminaron hacia el palacio en la antigua ciudad de Chichen-Itzá.



La feliz esposa Colibrí se destacaba en el Arbol florido de lindos pétalos blancos.

COMO ADQUIRIO EL COLIBRI SU TRAJE DE BODA

En las primeras horas de la mañana el Principito maya asistió a una ceremonia en honor de Yum-Chaac, el dios de las aguas. De regreso del templo, suplicó a la noble señora que lo acompañara esa misma tarde a la casa de Xnuci (Vieja de Maní), pues él estaba impaciente por oír el cuento del Colibrí.

El príncipe Na-sul llevaba todavía las preciosas sandalias lujosamente bordadas y el elegante tocado de cabeza que portaba en la mañana, cuando emprendieron el camino hacie el bosque.

Los visitantes encontraron a la viejecita trabajando en su pequeño y bien cuidado jardín. Aunque ella no los esperaba tan pronto, se mostró muy complacida de ver al Principito maya.

Na-sul y la noble señora ocuparon los lugares de costumbre bajo la ceiba, y la viejecita comenzó el cuento.

"Al principio de los tiempos, oh, noble Príncipe, la pequeña Dzunuun (Colibrí) no era bella. Sus plumitas eran muy escasas y aparecía casi desnuda.

Grandes cambios habíanse verificado entre todos los seres vivientes, pero los Dzunuunes (Colibríes) habían sido olvidados porque eran unos pajaritos sumamente pequeños.

Un día el Ruiseñor, estando en lo más profundo del bosque visitando a su querido profesor de canto, fué sorprendida por unos sollozos ahogados.

Desde el elevado lugar en que se posaba, el Ruiseñor buscó con la mirada, y en un arbusto, cerca de un nido a medio terminar, vió una endeble avecilla sollozando tan amargamente que parecía que su corazoncito iba a romperse. Xkokol-ché reconoció a la pequeña Dzunuun y voló hacia ella para consolarla. Llena de ternura y compasión por la desventurada criatura, dió varios saltos y acercándose a ella, preguntó:

"Por qué lloras pequeña Dzunuun?"

Sorprendida de que alguien se tomase el más ligero interés en ella, el Colibrí levantó su cabecita.

"Ay, soy muy desgraciada!", gimió la pajarita. "Quiero casarme pero no tengo dote.

Estoy tratando de construir mi nido con mis plumas, pero son tan escasas que me veré desnuda antes de que yo pueda terminarlo". Así diciendo extendió sus pequeñas alitas para demostrar cuán desnuda se encontraba ya.

Xkokol-ché (Ruiseñor) sintió una gran pena al oirla. Ella también era pobre y conocía las desesperaciones de la pobreza. No pudiendo dar a la pobre Dzunuun ninguna de las cosas que necesitaba, se puso a meditar en que otra forma podría ayudarla.

"Alegra tu corazoncito, pequeña Dzunuun", dijo después de un momento, extendiendo sus protectoras alas sobre la temblorosa pajarita. "Tengo un plan. Cantaré y reuniré a mi alrededor a todos nuestros amigos del bosque, y les pediré que te ayuden".

Después de aclarar su garganta, Xkokol-ché comenzó a modular una preciosa y encantadora melodía. En menos tiempo que se necesita para contarlo, una gran concurrencia habíase reunido a su alrededor. Entonces entonó una bella canción cuyas palabras en el lenguaje maya dicen así:

Contemplad esta dulce doncella
que quiere casarse;
la tristeza le imprime su huella,
pues no hay otra tan pobre como ella,
ni lecho tiene donde recostarse.

Le hace falta un collar distintivo;
necesita su traje de boda
y un espejo muy claro y muy vivo,
para verse toda.

Es también natural que requiera
por su enlace, un festejo en que hubiera,
abundante y sabrosa comida.
Ayudad a la fiel prometida,
regaladla con algo siquiera.

Al oir esta patética requisitoria, todos sintieron una gran compasión por la infeliz pajarita. Xomxanil especie de la Oropéndola, ave cuyas plumas tienen el amarillo del oro y el rojo de los rubíes, fué la primera en responder. Bajó del árbol en que se posaba, y erizando sus brillantes plumas para que todos las vieran, cantó así para la pequeña Dzunuun;

"No me pueden tildar de tacaña,
y que piensen así no me agobia,
pues daré yo el collar de la novia".

Cuando terminó de cantar, se despojó de sus más preciadas plumas y comenzó a hacer el collar rojo y amarillo que el Colibrí lleva hoy.

Desde su apartado rincón, la araña, esa incansable trabajadora de todos los tiempos, oyó la requisitoria. Dejó su telar por un momento, y asomándose a su puerta, dijo:

"Por la fe de mi nombre de Araña,
que haré pronto —y será cosa bella—
mi regalo a Dzunuun, la doncella".

E inmediatamente se puso a tejer la más delicada tela para el velo de la desposada.

El pozo que se encontraba en los alrededores, y cuyas aguas corrían silenciosamente cantó desde lo más hondo de la tierra:

"Yo seré, yo seré para ella,
el espejo de luz blanca y pura
donde pueda mirar su hermosura".

La Abeja zuzurrante, volando perezosamente alrededor de un florido jazmín, cantó a media voz:

"Yo, sin bajo interés que me impulse,
le he de dar de mi miel, la más dulce".

Al poco tiempo de haberlo ofrecido, había ya almacenado suficiente miel para la fiesta de la boda.

El árbol Bacalché (Azahar del Monte), cuyas tupidas ramas estaban cargadas de fragantes y blancas flores, murmuró en su canto:

"Mi regalo será a sus amores
como lluvia de ricos matices,
despedir a los novios felices
con la ofrenda de todas mis flores".

Otros pájaros de vistoso plumaje, deseando contribuir para el traje de boda, enviaron por el pájaro tejedor y comenzaron a despojarse de las más delicadas plumas de sus alas. En muy corto tiempo el pájaro tejedor había hecho un preciosísimo traje en el cual se combinaron todos los colores del Arco Iris.

A la mañana siguiente, cuando los rayos del sol naciente comenzaron a dispersarse en el horizonte bajo la forma de un enorme abanico, las bodas de Dzunuun (Colibrí) se celebraron en presencia de todos sus amigos. Así que los pájaros carpinteros comenzaron a marcar el compás de la marcha nupcial, con sus largos y recios picos, Dzunuun (Colibrí) salió de su enramada de flores para unirse al novio que impaciente la esperaba. Vestida con el nuevo traje que era como el Arco Iris, la feliz desposada lucía orgullosa el collar oro y rojo, regalo del Xomxanil, especie de Oropéndola. Un coro de jóvenes trovadores cantaba mientras el novio y la novia saltaban graciosamente de rama en rama.

Después de la ceremonia, los novios se detuvieron un instante bajo el árbol Bacalché, (Azahar del Monte) y una lluvia de blancas y fragantes flores cayó sobre ellos.

Desde entonces, oh noble Príncipe, Dzunuun vive sin preocupaciones ni cuidados. Vestida con brillantes colores va siempre acuciosa volando de flor en flor, y libando delicio-

so nectar. Este es el privilegio que le fué concedido como regalo de la laboriosa Abeja.

En todos los límpidos arroyos se detiene para mirarse y solazarse en su precioso plumaje, porque el pozo le prometió que sus aguas cristalinas le servirían de espejo".

Xnuci, la Vieja de Maní, concluyó el cuento y tomó su bastón. Estaba cansada, pero sonrió amablemente al Principito cuando éste le pidió más datos acerca del Colibrí.

"No, no, oh, noble Príncipe", dijo la viejecita, "no hay nada más qué decir de su historia, pero en tu próxima visita te contaré el cuento de Chom".

El Príncipe Na-sul era demasiado cortés para insistir. Tomó la mano de la noble señora, y alegremente emprendió el camino de vuelta al palacio. Estaban ya en las inmediaciones de los terrenos reales, cuando Na-sul accidentalmente se llevó la mano a la cabeza. Al contacto de las delicadas plumas de su lujoso tocado, lanzó un suspiro, recordando que estaba hecho con pequeñísimas plumas de Colibrís.

"Pobrecita Dzunuun!", exclamó. "Cuando yo sea rey, no serás despojada de tus bellas plumitas". Y con esta resolución firme en su corazón, el Príncipe maya Na-sul entró al palacio en la antigua ciudad de Chichen-Itzá.



El Pavo Milano Zopilote voló tan alto cerca del Sol que se le tostó su plumaje y la piel de su garganta.

COMO SE LE CHAMUSCARON LAS PLUMAS AL PAVO MILANO

Na-sul, el Principito maya, pasó toda la mañana en el atrio o patio principal del templo jugando pelota con otros muchachos de su edad. Al volver a casa, suplicó a su aya, la noble señora, que lo llevara esa misma tarde al bosque donde vivía la Vieja de Maní.

Llevando otro presente para Xnuci-Maní oculto en su cinturón, el Príncipe Na-sul estaba preparado para partir mucho antes de la hora convenida.

La viejecita estaba descansando en una hamaca de brillantes colores cuando Na-sul y su aya llegaron. Xnuci, la Vieja de Maní, saludó a sus visitantes con una sonrisa, y en muy corto tiempo estaban ya sentados en los acostumbrados banquillos bajo la fresca sombra de la ceiba.

"Qué cuento deseas que te cuente hoy, oh, noble Príncipe?", preguntó la viejecita dejando a un lado su bastón.

El Príncipe Na-sul no contestó. Con la mirada seguía ávidamente el vuelo de un ave negra que se elevaba más y más en el espacio, hasta que se convirtió en un pequeño punto en el despejado cielo.

"Ah, noble Príncipe", dijo la viejecita, ese es Chom (zopilote). Voy a contarte su historia".

"Cuando la vida apenas principiaba en nuestra tierra, Chom (Zopilote) era un ave de gran belleza. Sus plumas, de un vivo y delicado colorido, eran suaves y lustrosas. Y para distinguirlo de las otras aves, los dioses le pusieron sobre la cabeza, un penacho de plumas azules y amarillas.

En aquel entonces Chom era muy difícil de complacer. Tan sólo los manjares más exquisitos le gustaban, pero oh, desdicha!, esa alada criatura tenía un feísimo defecto. **"Era un glotón".** Las sabrosas carnes con que se alimentaba, jamás saciaban su voraz apetito, y ésto, oh noble Príncipe, fué la causa de su terrible desgracia.

Esto sucedió en nuestra gloriosa ciudad de Uxmal, durante una semana de solemnes fiestas. Rituales y ceremonias eran celebradas en todos los templos de la ciudad, y el rico y

poderoso Rey, como ofrenda a los dioses, mandó preparar un opíparo banquete en la terraza de su palacio.

Los detalles de esta fiesta habían sido cuidadosamente preparados. Altos dignatarios, sacerdotes, príncipes de sangre real y bravos guerreros del reino, fueron invitados a asistir.

Durante tres días una gran actividad se observó en el palacio. Esteras de brillantes colores fueron extendidas cubriendo la terraza: guirnaldas de flores fueron colocadas bajo los arqueados corredores, y en lugar prominente, un sitial de plumas fué construído para el Rey y los sacerdotes que habían de presidir la fiesta.

En la mañana del cuarto día y antes de que los convidados comenzaran a llegar, los criados pusieron sobre un altar improvisado, cestillas con frescas y jugosas frutas; elotes cocidos bajo la tierra, y grandes platones conteniendo carnes deliciosamente condimentadas. Según la antigua costumbre, las comidas debían permanecer una hora sobre el altar antes de que a los convidados les fuera permitido tocarlos. Así, después de que todo estuvo en perfecto orden, los criados abandonaron la terraza.

Atraído por el aroma deliciosa que los manjares despedían, Chom, el Zopilote que estaba revoloteando en el espacio, atisbaba con ávidos ojos las tentadoras viandas. Había co-

mido una abundante comida, pero la vista de manjares preparados para los huéspedes reales, despertó su insaciable apetito.

Dando vueltas alrededor de la terraza, Chom devoraba con los ojos las sabrosas viandas colocadas sobre el altar. Poco a poco se fué acercando hasta que, seguido de su numerosa familia, aterrizó cerca de un platón conteniendo carnes de venado doradas y jugosas por haber estado cocinándose toda la noche en el pib (barbacoa).

Mientras tanto el Rey y sus huéspedes esperaban con impaciencia la hora del banquete. En el transcurso de la conversación el Rey había mencionado con orgullo la cantidad de faisanes, pavos del monte y venados que los cocineros reales habían preparado.

El toque de trompetas o caracoles dió la señal de iniciar la marcha hacia la terraza. En debido orden y según su rango o posición, los invitados siguieron al Rey, pero apenas habíase éste asomado a la terraza, cuando se detuvo estupefacto. Al ruido de las pisadas, los Zopilotes abandonaron violentamente la terraza.

El cuadro que se ofreció a la vista del Rey era desolador. Los platones que una hora antes contenían las sabrosas viandas, producto del arte culinario de los cocineros reales, estaban vacíos. Mezclados en terrible desorden se encontraban los huesos de los animales sa-

crificados para el banquete, las flores del adorno, e infinadad de plumas que los glotones habíanse arrancado en la lucha por disputarse las mejores piezas de carne.

El Rey enrojeció de ira. Con voz de trueno llamó a sus arqueros, pero llegaron tarde. Los glotones volaban ya a gran altura y fuera del alcance de las envenenadas flechas.

La cólera del Rey no había de aplacarse mientras los culpables no fueran castigados. Llamó a los H'menes (adivinos) que eran los hombres sabios, y les dijo: "Gran sacrilegio se ha cometido contra los dioses. Vuestro deber es encontrar el castigo más apropiado para semejante crimen".

Tres días y tres noches estuvieron aquellos sabios encerrados en el Templo mayor de Uxmal, estudiando el libro sagrado de los Mayas. Pero en toda la historia de la vida, no había ni mención de un crimen semejante.

Al cuarto día, después de haber consultado la voluntad de los dioses, los sabios abandonaron el templo... Un gran peso se les había quitado del corazón. ¡Los dioses habían dictado la sentencia!

A la mañana siguiente negros y espesos nubarrones cubrían el firmamento. El sol apenas se veía. Yum-Chaac, el dios de las aguas, demostraba su cólera por el crimen cometido.

Obedeciendo las órdenes del Rey los criados colocaron de nuevo en la terraza, grandes

platones con carnes sabrosamente condimentadas, mientras que el Rey y los sacerdotes se ocultaban tras los anchos pilares en espera de los culpables. Chom y su numerosa familia no se hicieron esperar. Y con la rapidez con que caen las plagas de langosta sobre las verdes milpas, cayeron sobre las tentadoras viandas.

Mientras los glotones satisfacían su grosero apetito, el Rey y los sacerdotes salieron de su escondite llevando cada uno de ellos una vasija conteniendo un líquido negro. Y antes de que los descuidados pájaros pudieran huir, el Rey y los sacerdotes derramaron sobre ellos la mezcla que habían preparado, pronunciando las palabras mágicas del libro sagrado del Mayab.

Donde quiera que el líquido les caía, sus bellos plumajes se tornaban inmediatamente en las toscas y negras plumas que los zopilotes tienen hoy.

Para deshacerse hasta de las pequeñas gotas del líquido fatal, Chom, que había planeado el crimen, voló tan alto en el espacio que finalmente desapareció tras las cambiantes nubes. Pero voló muy cerca del sol, y su bello penacho de plumas oro y azul, fué chamuscado completamente.

Chom (Zopilote) pasó mucho tiempo curando sus quemaduras, triste y pesaroso por la pérdida de sus preciosas plumas. Pero no se

dió cuenta exacta de su desgracia hasta que sus heridas cerraron, dejando las horribles cicatrices que hasta hoy son visibles en su garganta. Desde entonces, oh, noble Príncipe, el Pavo Milano o Zopilote, ya no se alimenta de selectos manjares; y hoy es considerado como el ave más sucia del mundo.

Xnuci-Maní terminó su cuento con un ligero gesto de repugnancia. Tomó su bastón, y dándole las gracias al Principito Na-sul por el presente que le llevó esa tarde, se dirigió a su casita.

Na-sul había aprendido otra lección. El cuento de Chom le impresionó grandemente. Despidiéndose de la viejecita, tomó la mano de su aya, la noble señora, y emprendió su retorno al palacio de la antigua ciudad de Chichén-Itzá...



El Buho salió de su cueva con su rollo de papeles para acusar al Rey de traición. Los llevaba bajo sus alas sin saber que su vista diurna había desaparecido.

POR QUE EL BUHO PERMANECE EN SU GUARIDA DURANTE EL DIA

Por muchos días la Vieja de Maní esperó la venida de su pequeño visitante. Todas las tardes, después de terminar sus pequeños quehaceres, se sentaba pacientemente a la entrada de su casita, con la esperanza de ver al Principito antes de finalizar el día. Le había tomado un gran afecto. Le agradaban sus maneras corteses, y especialmente la atención que prestaba a los cuentos que le narraba, guardando durante ellos un religioso silencio.

Una tarde, cuando casi había perdido la esperanza de ver de nuevo a Na-sul, alzó la vista y por entre los elevados árboles que bordeaban el sendero que conducía a su casita, le vió venir acompañado de la noble señora.

Con la ayuda de su bastón, Xnuci-Maní se levantó para saludar al Principito. El bondadoso rostro de la anciana se iluminó de contento cuando Na-sul corrió a encontrarla.

Pasado un rato, los visitantes y Xnuci-Maní se encontraban sentados bajo las espesas ramas de la ceiba, gozando de la fresca brisa que mecía suavemente las tiernas hojas del gigantesco árbol. La viejecita sonrió al Principito y comenzó el cuento.

"No te ha llamado la atención alguna vez, oh, noble Príncipe, por qué Tunkuluchú, el Buho, o lechuza rara vez es visto durante el día? Pues bien, esa hermosa ave nocturna, vista con verdadera desconfianza por algunas personas, es tan sólo una víctima de su propia tontería.

Allá en los tiempos más remotos, cuando el mundo era aún muy joven, Tunkuluchú, el Buho, podía ver lo mismo de noche que de día. Ese era un privilegio que los dioses le habían otorgado a causa de su gran amor al estudio.

Una gran parte de su tiempo empleaba en meditar, pero como también era sociable por naturaleza, de cuando en cuando salía de su guarida en el hueco de un árbol, para gozar de la compañía de otras aves. En el congreso de los pájaros, cuando el Pavo Real fué electo Rey de las Aves, Tunkuluchú fué designado Gran Consejero de la Corte a causa de su gran sabiduría.

Un día, los pájaros de la tierra del Mayab prepararon un suntuoso banquete en honor de

su Rey, el Pavo Real, Todos los pájaros fueron invitados a esta fiesta, pero para escoltar al Gran Consejero de la Corte al banquete fué nombrada una comisión especial.

Tunkuluchú detestaba las fiestas que se daban en honor del Rey, porque a ellas asistían lo mismo jóvenes que viejos, y sabía cómo generalmente terminaban. Y dando como excusa los grandes estudios a que estaba dedicado, rehusó asistir.

Conociendo sus hábitos sedentarios la comisión no se sorprendió de su negativa, pero temiendo la cólera del Rey, dijeron: "Oh, Tunkuluchú, el más sabio de los pájaros, ¿acaso has olvidado tus deberes? Como Gran Consejero de la Corte, estás obligado a presidir el banquete".

No pudiendo presentar otra excusa, el Buho exhaló un profundo suspiro, arregló su bello plumaje y siguió a los pájaros hasta el mismo corazón de la floresta.

La recia rama de un árbol gigantesco había sido escogida para el lugar del banquete. De las ramas pequeñas pendían las ollas conteniendo las viandas. El Rey había reservado un lugar a su lado para el Gran Consejero, y tan pronto como éste llegó comenzó la alegre fiesta.

Los pájaros servidores pasaban las viandas en frescas y verdes hojas, y ante cada uno de los sedientos comensales colocaban pétalos

de flores, simulando pequeñas ánforas, —repletas de rocío.

Poco tiempo después todos los comensales, con excepción de Tunkuluchú, se divertían a sus anchas. Algunos jovenzuelos, especialmente las Chachalacas y los Guacamayos, molestaron de tal manera al viejo Consejero con sus estridentes gritos, que éste comenzó a sentirse arrepentido de haber asistido a la fiesta.

A medida que el sol descendía hacia el horizonte, la fiesta se hacía cada vez más ruidosa. Chom, el Pavo Milano, y Dziu, el Mirlo, con guirnaldas de flores pendientes de sus cuellos, danzaban locamente al compás de los sones que los pájaros carpinteros acompañaban golpeando con sus recios picos. Aún el Rey, el Pavo Real, olvidándose que había cambiado su bella voz por su hermoso plumaje, gritaba tan desaforadamente que hasta las fieras de la selva huían asustadas.

Tunkuluchú llegó al límite de su paciencia. No pudiendo soportar la gritería y el comportamiento de los demás trató de escabullirse antes de que la fiesta terminase. Pero fué advertido por el Rey, quien le hizo retornar.

El Buho obedeció la orden del Rey, pero posándose en una elevada rama volvió las espaldas a los escandalosos y alegres convidados.

El Pavo Real pronto se dió cuenta de la actitud poco cortés del Gran Consejero. Creyendo que el desaire era dirigido a él, resolvió hacer uso de su autoridad para obligar a Tunkuluchú a tomar parte en la fiesta. No satisfecho con esto, le ordenó que bailara con los otros y que uniera su voz al discordante coro de los pájaros allí reunidos.

El orgullo de Tunkuluchú quedó profundamente herido. Las crueles burlas que los otros pájaros le hicieron después de la fiesta, le humillaron grandemente, y por muchos días estuvo bajo el peso de su inmensa pena. Al darse cuenta de que su reputación estaba arruinada para siempre, Tunkuluchú había recibido una estocada en el corazón. Y ni las necesidades naturales de alimentarse o las súplicas de sus amigos le hicieron abandonar un instante su guarida, en la cual se había recluído voluntariamente.

Con verdadera ansiedad el Buho consultó el libro sagrado de los Mayas, y revisó con infinita paciencia los antiguos documentos. El deseo más grande de su vida era entonces exponer a su rey al ridículo y humillarlo como el rey le había humillado a él.

Al fin, después de muchos días el Buho encontró lo que buscaba. En un viejo pergamino adherido al Libro de la Vida, leyó cómo el Pavo Real había engañado al candoroso Puhuy, el Mensajero de los Caminos, induciéndo-

dolo a que le diera su rico plumaje con el cual pudo ganarse un reino. Supo también que el traicionero Rey jamás cumplió su promesa a Puhuy.

El Buho envió mensajeros por toda la tierra invitando a los pájaros de la floresta del Mayab para una gran asamblea. Entonces, y sólo entonces, el viejo Consejero se sintió otra vez feliz.

El sol brillaba en medio de sus esplendorosos rayos cuando Tunkuluchú salió del hueco que le servía de morada.

Con un rollo de papeles bajo un ala y la otra ligeramente extendida, tomó su sitio en una rama desde la cual iba a dirigirse a los pájaros allí reunidos.

"Hermanos de la floresta", comenzó a decir con voz estentórea, mientras desplegaba cuidadosamente el documento acusador. "Ustedes deben saber... ustedes deben saber!", repetía, abriendo y cerrando sus redondos y ambarinos ojos.

Tunkuluchú trató de leer, pero aunque se acercaba el pergamino a los ojos, no podía descifrar una palabra. Lleno de terror fué notando que su vista se hacía cada vez más débil hasta que al fin la escritura se convirtió en un completo borrón. Lanzando un grito de desesperación dejó caer el pergamino al suelo.

Entonces conoció toda la verdad. Aquellos días pasados en el interior de su morada ha-

bían acostumbrado sus ojos a la obscuridad, y la luz brillante de la mañana ahora le cegaba.

Y ésta es, oh, noble Príncipe, la razón de por qué Tunkuluchú pocas veces es visto durante el día. Su deseo de venganza, denunciando a su rey, fué castigado por los dioses".

Na-sul fué el primero en ponerse de pie, después de terminado el cuento. Le dió a la Vieja de Maní el presente que le había llevado, y tomando la mano de la noble señora, como es costumbre entre los niños mayas, emprendió alegremente la vuelta al palacio. A la mañana siguiente narraría a sus maestros, los hombres sabios, la lección que había aprendido del cuento del Buho.



Con la cabeza inclinada el Mirlo lloró tristemente la desdichada muerte de sus hijos.

POR QUE EL MIRLO VISTE DE NEGRO

Na-sul, el Principito maya, deseoso de oir más a menudo los cuentos que la Vieja de Maní contaba, suplicó a su padre, el Rey, que la invitara a pasar unos días en el palacio real. Aunque esto era algo a que la viejecita no estaba acostumbrada, pues la mayor parte de su vida la había pasado en su casita en lo más profundo del bosque, por complacer al pequeño Príncipe, aceptó la invitación.

En los bien cuidados jardines que rodeaban el palacio y bajo una enramada de fragantes jazmines, Na-sul escogió un lugar donde ella pudiera sentarse mientras contaba sus cuentos.

Xnuci-Maní que era de gran sabiduría, comenzó con el cuento del Mirlo.

"Se cuenta entre las gentes de nuestro pueblo, oh, noble Príncipe, que en tiempos remo-

tos Xkau, el Mirlo, era un pájaro tan blanco como la espuma de las rompientes olas.

La Xkau, que así se llama la que empolla los huevos, era una madre sumamente cariñosa. Volvía siempre a su casa mucho antes que otras madres siquiera pensaran en que tenían en los nidos pequeñuelos hambrientos y piando sin cesar. Era buena y amable con todos y jamás prestó oídos a las murmuraciones, y así no era de extrañarse que fuera querida y apreciada por todos los pájaros de la tierra del Mayab.

Entre sus muchos amigos el más íntimo era Chicbul, el Gavilán. Se les veía siempre juntos merodeando por las milpas, y muchas veces cuando Xkau tenía hambre, Chicbul bajaba los granos de los altos maizales para ella.

Una tarde, después de haber correteado todo el día Chicbul dijo con voz áspera y ruda: "Estoy rendido de cansancio y casi muerto de hambre. Me voy al bosque a buscar algo bueno para comer".

El Mirlo recordó derrepente que su amigo tenía un hábito muy feo. Se alimentaba algunas veces con tiernos ratoncillos o indefensos pajarillos. Con verdadero pánico el Mirlo pensó en sus pequeñuelos solos en el nido, y sintió como si un dardo afilado le hubiese traspasado el corazón.

"Querido Chicbul", dijo con voz velada, "yo te estimo mucho, pero desapruebo abier-

tamente tu desordenado apetito por tiernos pajaritos. ¿No podrías encontrar cualquier otra cosa para comer?".

"Pero querida Xkau", protestó Chicbul, "Yo no he dicho todavía que comeré. Pero... si yo me encontrara con apetitosos pajaritos..."

Xkau sintió gran repugnancia al oír esta observación. Después de un momento de vacilación, gritó llena de cólera: "Está bien, haz lo que quieras! Pero eso sí, deja a mis hijitos en paz!"

Chicbul tenía un gran cariño por su amiga Xkau. Se dió cuenta de su celo maternal, y no teniendo ni el más mínimo deseo de causarle una pena, carraspeó y con voz áspera y ruda le aseguró: "Por supuesto, mi buena amiga, te prometo dejar en paz a tus hijitos, pero dime dónde vives y cómo son ellos para que pueda reconocerlos".

El Mirlo guardó silencio. Quería mucho a Chicbul, pero a causa de su mal hábito de comer pajaritos, no le tenía gran confianza. Titubeó un instante, suspiró y luego dijo: "Pues bien... te diré. Mi nido está encondido en el espeso bosque y mis pequeños son tan lindos que no hay palabras con que describirlos".

Tratando de formarse una idea de cómo podrían ser los hijitos de su amiga, el hambriento Chicbul voló hacia el bosque en busca de su acostumbrado alimento.

Primero se encontró con un nido muy bien construído del cual asomaban las cabecitas de tres preciosos pajaritos. Su rollizos y amarillentos cuerpecitos estaban ya parcialmente cubiertos de primorosas plumas de varios colores.

"No hay duda", pensó Chicbul, "estos pajaritos son los hijitos de mi amiga. No importa que hambriento yo me encuentre, juro que no los tocaré". Y antes de que la tentación le hiciese quebrantar los lazos de amistad que le unían a su amiga, voló lo más lejos posible de aquellos lindos pajaritos.

Agotado por su largo vuelo Chicbul al fin se detuvo a descanzar en un frondoso algodonero. Desde el punto alto en que se posaba distinguió cuatro pajaritos durmiendo confiadamente en un blando nido.

"Ah!", dijo Chicbul. "Qué apetitoso bocado!" Pero al acercarse a ellos observó que eran tan blancos como las flores del Zalhum (Flor de papel). El Gavilán quedó perplejó. ¿Cómo podría estar seguro de que aquellos no fuesen los hijitos del mirlo? Si los primeros que vió eran tan bellos como suponía que fueran los polluelos de su amiga, en cambio éstos eran tan blancos como ella. Y en la imposibilidad de decidir, el hambriento Gavilán echó a volar.

Y voló y voló hasta que al pasar sobre una ceiba vislumbró en una rama baja, tres flacos y huesudos pajaritos que chillaban moviendo desesperadamente sus desnudas alitas. Al oír que alguien se aproximaba, las pequeñas avecillas abrieron desmesuradamente sus bocas en demanda de alimento.

Chicbul exhaló un suspiro de alivio. "Ahora sí", pensó, "al fin he encontrado mi comida". Y en un abrir y cerrar de ojos, los agudos chillidos de las feísimas criaturas cesaron por completo.

Tan pronto como sus asuntos más urgentes fueron terminados, Xkau volvió al bosque. Como de costumbre, traía cuidadosamente guardado en su buche el alimento para sus adorados hijitos. "Xkau! ¡Xkau!" llamó la cariñosa madre desde cierta distancia para hacerles saber que la merienda de la tarde estaba segura. Se detuvo un instante para beber de un claro Akal o sarteneja, y prestó atención para escuchar si le respondían, mas la respuesta no llegó. Alarmada, voló directamente al nido. ¡Estaba vacío!

Un agudo y estridente grito se escapó de la garganta de la infeliz madre. Llena de desesperación volaba por todas partes gritando y llamando con los nombres más cariñosos a su pequeños, esperando encontrarlos tal vez ocultos en el espeso follaje.

El Mirlo llamó y llamó, pero solamente el eco de su propia voz le respondió. Entonces súbitamente recordó las palabras de Chicbul. "Infame! Traidor!", gritó, agitando las alas con rabia. Y con toda la rapidez que sus alas le permitían, volvió al encuentro del amigo infiel.

Chicbul se encontró estupefacto ante las acusadoras palabras. "¿Cómo?", inquirió, inclinando a un lado su cabeza. "Aquellas feísimas criaturas eran tus hijos?"

"Ah, miserable ser sin corazón!", gritó la atribulada madre, agitando las alas con furia. "Jamás te perdonaré! Tu absoluta ignorancia de lo que es el amor de madre, hace tu crimen más horrendo. Para mí, mis hijitos eran bellísimos". Chicbul inclinó la cabeza avergonzado. Y antes de que pudiera ofrecerle alguna palabra de excusa, su amiga le volvió la espalda.

Con la cabeza inclinada y las alas caídas, el Mirlo, pasó toda la noche en el bosque cerca de su nido vacío. A la mañana siguiente, su plumaje, que había sido blanco como la espuma, se había tornado negro como la noche. Desde entonces el Mirlo viste de negro, pues guarda luto por la pérdida de sus adorados hijitos".

Los ojos castaños del Príncipe Na-sul estaban velados por las lágrimas cuando la Vieja de Maní terminó su cuento. Sus pensamien-

tos volaron inmediatamente hacia su propia madre, quien, como la pajarita madre del cuento, le amaba sobre todas las cosas. Se despidió apresuradamente de Xnuci-Maní, y corrió hacia el interior del palacio. Y con afecto que raramente había demostrado, el Principito se arrojó en los amantes brazos de su joven madre...



Los Dioses ordenaron a la Golondrina que apareciera ante la Corte en donde se le ordenó construír su nido o nunca tenerlo.

POR QUE LA GOLONDRINA CONSTRUYE SU NIDO CON BARRO

"Allá en los tiempos remotos de la antigüedad, oh noble Príncipe", comenzó la Vieja de Maní en el segundo día de residir en el palacio, "Cuzám, la Golondrina, era un ave vanidosa y egoista. Estaba orgullosa de su raudo vuelo, y de su bien arqueada cola terminada en dos delgadas puntas.

Creyéndose superior a todos, consideraba indigno de ella ciertos menesteres domésticos como la construcción del nido y el empollar los huevos.

Todos los años llegada la estación de construir los nidos Cuzám vagaba por la verde floresta en busca de algún nido en el cual depositaba sus huevos. Pero un día, las pájaras que habían sido despojadas de sus nidos presentaron una queja ante los dioses.

Ellos conocían este vergonzoso hábito de la Golondrina, pero a causa de su belleza y especialmente por la rapidez de su vuelo, se mostraban benévolos con ella. Cuzám entonces era la encargada de llevar mensajés a las tribus más lejanas.

"Quizá la pobrecita no sabe cómo hacer un nido", dijeron los dioses a las quejosas. "¿Por qué no la enseñan ustedes a construir uno? Cuzám (Golondrina) es un ave de muy buen sentido y sin duda alguna se mostrará dispuesta a aprender".

A la mañana siguiente, un grupo de prominentes amas de casa se aproximó a Cuzám. La Paloma Torcáz fué la primera en hablar: "El zacate, cuya suavidad nada iguala, es lo mejor para formar el interior de un nido", dijo a modo de consejo. "Primero: deberás tomar unas pequeñas ramitas y..."

"Ah, sí, sí", interrumpió la Golondrina, alzando con orgullo su altiva cobecita. "Yo sé todo eso que me dices".

La Paloma se indignó al oír esta respuesta. "Si Cuzám sabe cómo se fabrican los nidos", se dijo, "por qué no construye uno para ella misma?" Y moviendo su cabecita tornasol en señal de duda, voló presurosa a donde la esperaban sus polluelos.

"Todo lo que yo puedo decirte, es cómo hacer un nido cómodo y servicial", ofreció la Xkau o Mirlo. "Con ramitas y blando musgo...

"Si, sí, sé todo eso también!", gritó rudamente Cuzám, (Golondrina) pateando con furia en la rama en que se posaba. Y antes de que la buena Xkau hubiese podido decir algo más, la Golondrina descendió rápidamente a otra rama.

Entonces Dzunuun, el Colibrí, se aproximó. Ella también había sido comisionada para instruir a la Golondrina en el arte de construir un nido. "Primero deberás arrancarte algunas plumitas de tu pecho", dijo con su pequeña y dulce vocecita, "entonces..."

"Ya me cansaron ustedes!", interrumpió otra vez la ruda Golondrina. "Yo sé todo lo que se necesita saber para construir un nido, pero no me place hacerlo". Y antes de que la asombrada Dzunuun (Colibrí) hubiese cerrado su piquito, Cuzám (la Golondrina) voló hacia el bosque en busca de un nido en el cual pudiera depositar sus huevos.

Informados de la manera descortés de la Golondrina, negándose a prestar atención a los buenos consejos de las madres, los dioses ordenaron que compareciera ante ellos.

"Haz hecho poco aprecio de nuestros esfuerzos para enseñarte a ser una buena madre, Cuzám", dijeron los dioses con voz severa. "Hemos llegado al límite de nuestra paciencia para contigo. Por lo tanto, damos permiso a todas las demás aves para que arrojen

los huevos que deposites en sus nidos, y desde ahora, si quieres levantar una familia, tendrás que construir tu propio nido".

Por la primera vez en su vida la Golondrina se sintió atemorizada. El tono imperioso de los dioses no le dejó duda de que su decisión era definitiva. Y resuelta a enmendarse fué en busca de la Paloma Torcaz para suplicarle que la enseñara a construir un nido.

"Lo siento mucho", contestó la Paloma, "pero tú me dijiste que sabías fabricarlo". Y con un gracioso movimiento de su cabecita tornasol, dió un salto y se alejó cantando su lastimera canción: "Mucuy, Mucuy, Mucuy". (Amor, Amor, Amor).

Sin desanimarse por esta repulsa y sin soñar en que podría recibir otra, Cuzám se dirigió a Dzunuun, pero ésta también se negó a darle la información que le pedía. Otros pájaros hicieron los mismo sin darse cuenta de que ella los pedía seriamente.

Desesperada, la Golondrina se dirigió hacia lo más profundo del bosque, y después de mucho trabajar al fin consiguió construir un nido. Pero estaba tan mal hecho que cayó hecho pedazos cuando la Golondrina puso en él su primer huevo.

Triste y desconsolada Cuzám (Golondrina) volaba todos los días hacia la espesa floresta con la esperanza de encontrar alguna manera de solucionar su problema. Allí, una ma-

ñana muy tempranito y mientras saciaba su sed en las aguas de un manantial en el fondo de una cueva, oyó una voz ahogada pidiendo auxilio.

"Que me saquen! Que me saquen!", gritaba la voz con desesperación.

Cuzám no podía dar crédito a sus oídos. "¿Quién será el que pide auxilio?", se preguntó con extrañeza. Y volando de un extremo a otro del Akal (Sarteneja), al fin pudo distinguir una pequeñísima criatura asida desesperadamente a una hojita que arrastraba la corriente.

Ahora bien, la Golondrina no era capaz de ayudar a nadie sin recompensa, y recordando su propio problema, dijo: "Yo te sacaré del agua si me prometes enseñar a construir un nido".

La avispa, pues era una avispa la que arrastraba la corriente, dió gustosa su promesa. Cuzám la sacó del agua y la colocó a la entrada de la cueva.

Después de que la avispa había sacudido el agua de su endeble cuerpecito, la Golondrina le recordó su promesa.

"Para comenzar", dijo la avispa, extendiendo sus delicadas alitas a la luz del sol, "toma un poquito de barro fresco y lo arrojas contra este lado de la cueva".

Cuzám vaciló un instante. Jamás había sabido que el barro se empleara para la construcción de nidos, pero suponiendo que tal vez se trataba de los cimientos, hizo todo lo que la avispa le indicó.

"Ahora", continuó la avispa dando instrucciones, "toma un puñado de zacate... y..."

La Golondrina trabajó diligentemente como nunca había trabajado en su vida, y a la postre el resultado de sus árduas labores parecía un feísimo pegoste de barro y basura adherido a un costado de la cueva.

"Haz hecho un precioso nido, señora Cuzam, dijo la avispa con satisfacción.

"Pero... pero...", tartamudeó la Golondrina," "ese nido no está terminado. Mira los retazos de zacate que se asoman por afuera: No, no! Algo más debe hacerse para que sea digno de mí".

"No! Claro que no!", gritó la avispa con sorpresa. "Este nido es digno hasta de una reina!"

"¡Cómo!", exclamó la Golondrina con indignación. "Este pegoste tan horrible! No, de ninguna manera!" Resoplando con rabia voló hacia el feísimo nido, dipuesta a destruirlo, pero en aquel momento recordó lo que los dioses le habían dicho".

Xnuci-Maní se apoyó en su bastón y lentamente se levantó. Tomó de la mano al Principito y lo condujo hacia un rincón del pala-

cio, y mostrándole una fila de nidos adheridos a un costado del edificio, le dijo: "Ahora puedes ver, oh, noble Príncipe, el resultado de la conducta de la Golondrina que no supo escuchar los consejos de las buenas madres".

"¿Y por qué no les pregunta ahora cómo debe construirse un nido?", dijo Na-sul. "El suyo es muy feo y en nada se parece a los nidos de las otras aves".

"Porque la insensata Cuzám es todavía muy orgullosa, y por eso, estación tras estación, la Golondrina construye su nido con barro y zacate, tal como la avispa le enseñó hace muchos años".

El Príncipe maya Na-sul, no hizo ninguna sugestión después de esto. Dió las gracias a la Vieja de Maní por haberle relatado el cuento, y ofreciéndole su hombro como apoyo, la paseó por los jardines hasta que Noh-Kin, el dios del sol, terminó su acostumbrada carrera a través del cielo despejado del Mayab.



La Paloma Torcaz voló hacia el borde de un lago en que ufana admiró su bello plumaje de uniforme.

POR QUE LA PALOMA TORCAZ VUELA MUY BAJITO

"Ahora, oh, noble Príncipe", dijo la Vieja de Maní, al tercer día de su estancia en el Palacio, "te contaré el cuento de la infortunada Mucuy, la Paloma Torcaz.

Esta melancólica criatura cuyo triste canto te despierta todas las mañanas, no tiene a quién culpar por la pena que hoy la aflige. Ella es la única responsable.

Durante el confuso período del principio del Mundo, Mucuy, era un ave de apariencia muy humilde. Sus plumas eran de color plomizo y carecían de brillo. Aunque ella tenía la facultad de volar con la gracia y rapidez con que vuela la Golondrina, no era feliz. Resentía grandemente su falta de belleza.

Todas las mañanas, mientras otros pájaros iban en busca de insectos para el desayuno, Mucuy se dirigía hacia una sarteneja para mi-

rarse en sus aguas cristalinas. "Triste de mí, triste de mí!", se lamentaba. "Qué fea soy, qué fea soy!". Y de esta manera empleaba la mayor parte de su tiempo, hasta que un día el Gran Espíritu, cansado de oir sus quejas, la llamó a su presencia.

"¿Qué te pasa, Mucuy?", dijo el Gran Espíritu con voz dulce y bondadosa. "¿Por qué estás constantemente quejándote de tu modesta apariencia? No tienes algún dón que pueda recompensarte tu falta de belleza?"

Mucuy no contestó. Con la cabeza inclinada escuchaba las palabras del Gran Espíritu, pero era tal su confusión que ni siquiera pudo comprender el alcance de la pregunta.

"Cuando yo hice el Mundo", continuó el Gran Espíritu, "doté a cada criatura con alguna cualidad. A unas les dí la belleza de plumaje, a otras las dulces melodía del canto, y..."

"Ah, sí, sí", interrumpió la Paloma Torcaz, recordando el dón que a ella le había tocado. "Yo tengo alígero vuelo, pero no puedo dejar de ver con envidia que otros pájaros están mejor vestidos que yo. El Colibrí tiene todos los vivos colores del Arco Iris. El Cardenal lleva sobre sus hombros un regio manto escarlata. Pero, ay de mí", suspiró, "mi humilde vestido sólo tiene los opacos matices de las hojas muertas en el cieno".

El Gran Espíritu se conmovió al oír esto "Quizá esta pobre pajarita tenga razón", reflexionó. Y después de una breve pausa, dijo: "Tengo un plan, Mucuy. Puedo hacerte tan bella como las aves que tú admiras, pero tienes que hacer algo en cambio".

"Sin duda, sin duda", asintió Mucuy. "Yo haré todo lo que deseas si me haces bella".

El Gran Espíritu aceptó el trato. A la mañana siguiente llamó a su presencia a todos los pájaros de la tierra del Mayab, y les dijo: Necesitamos otra mensajera. He escogido a Mucuy para este cargo, y por sus servicios le he prometido cambiar el traje que ahora lleva por un bellísimo uniforme".

Un murmullo de aprobación se elevó de todos los oyentes. Hacía mucho tiempo que se daban cuenta de la falta de alguien que llevara mensajes a las tribus más lejanas.

"He empleado en ustedes todos los colores en sus más bellos matices", continuó el Gran Espíritu, dirigiéndose de nuevo a los pájaros. "Por lo tanto, pido que cada uno de ustedes que tenga plumas de variados colores, haga donación de una para el traje de Mucuy".

Y así, con las plumas que dieron los pájaros, se hizo prontamente un traje para la nueva mensajera. En su confección, el pálido gris de la Aurora y el rosa y lila de las nubes matinales, se mezclaron y formaron los iridiscentes colores que ella ostenta hoy.

Mucuy se sintió inmensamente feliz. Voló al próximo Akal, y en sus límpidas aguas admiró su nuevo ropaje. "Qué bella soy, qué bella soy!", repetía una y otra vez, contoneándose y moviendo de arriba abajo su brillante cabecita en señal de aprobación.

Poco tiempo después, cuando la elección de un nuevo jefe iba a efectuarse entre los miembros de las aladas tribus, Mucuy fué llamada a llenar su cometido. Ató a su delgada piernecita el mensaje que le entregaron, y con la mejor intención del mundo echó a volar rumbo al lugar de su destino.

Pero su vanidad fué la causa de su caída. Al pasar sobre un límpido arroyito Mucuy se sintió derrepente acometida de ardientes deseos de volver a admirar su nuevo traje. Y olvidándose de su misión, la presumida Paloma aterrizó a la orilla del claro Akal, el Laguito.

El mensaje le había sido entregado en las primeras horas de la mañana, y sin embargo, cuando Noh-Kin, el dios del sol, estaba ya muy alto en el firmamento, ella continuaba paseándose por las orillas del Akal. Su misión habíase borrado por completo de su mente.

Mientras tanto el Gran Espíritu permanecía sentado en su trono esperando la llegada de los jefes. Así esperó y esperó. Pero el dios del sol había ya atravesado la mitad de la dis-

tancia que recorre cada día, y ninguno de los jefes había aparecido.

El Gran Espíritu se sintió muy indignado. Con voz estruendosa llamó a los Cuervos y los envió a averiguar por qué los jefes no habían acudido a la cita.

Los Cuervos, que eran los guardias de la Corte, volvieron con la asombrosa noticia de que ningún mensaje había sido entregado. La cólera del Gran Espíritu entonces no tuvo límites. La obediencia era la ley suprema de su corte, y Mucuy, la torcaza, la había desobedecido. Inmediatamente dió órdenes a los guardias de traer a Mucuy a su presencia.

Mucuy estaba todavía admirando su linda imagen en las aguas cristalinas, cuando los guardias la encontraron. Asustada, pero aún moviendo de arriba abajo su cabecita tornasol con desmedido orgullo, la Paloma siguió a los guardias de la corte.

"Has quebrantado la fe que te tenía, insensata Mucuy!", gritó el Gran Espíritu, encolerizado al ver que los mensajes estaban todavía atados a la piernecita de la mensajera. "Y por eso voy a castigarte".

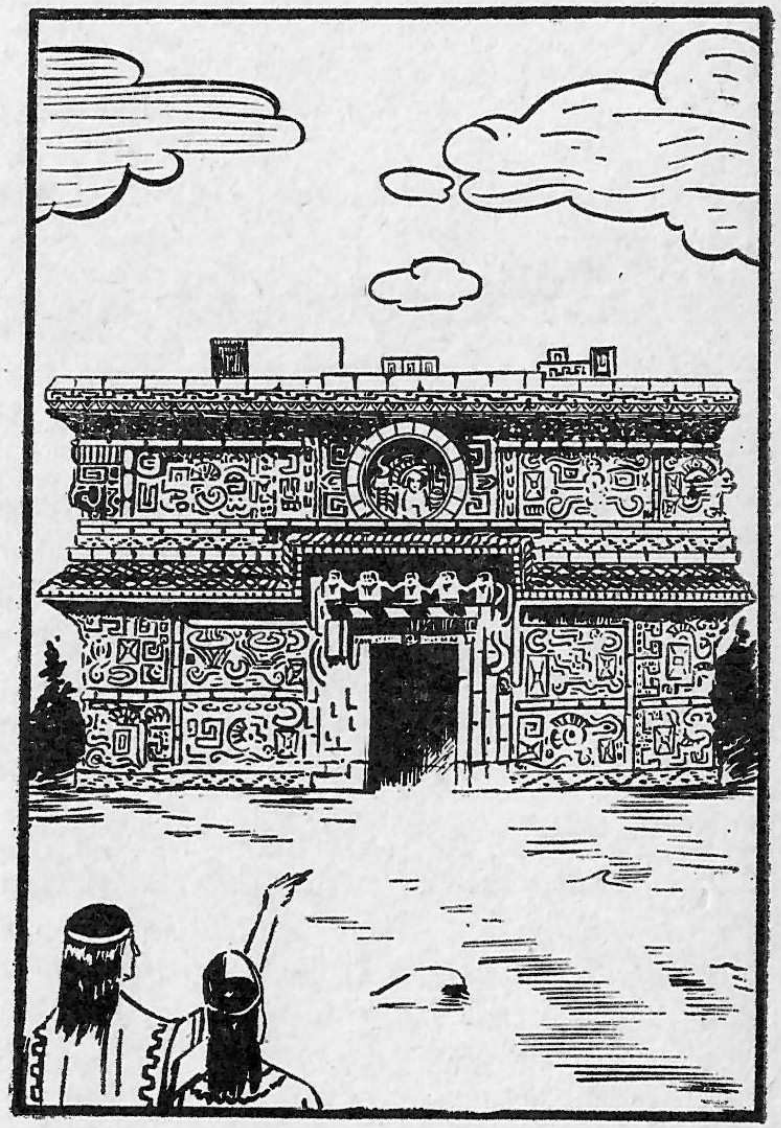
La Paloma Torcaz tembló llena de terror al oir esas últimas palabras. Trató de hablar pero ni un sonido se escapó de su garganta. Lamentando su grave falta, esperó con ojos bajos la decisión de la corte.

"No puedo volverte a tu pobre y humilde apariencia", anunció el Gran Espíritu con voz de trueno, "porque tus bellas plumas han sido donadas por otros pájaros. Pero", añadió con furia, "puedo quitarte tu raudo vuelo, y de hoy en adelante, a rás de tierra, donde lagartijas y serpientes anidan, vivirás tú y tus descendientes por los siglos de los siglos".

Así, oh, noble Príncipe, cuando Noh-Kin, el dios del sol, se levanta por la mañana rojo de orgullo por ser tan madrugador, la desventurada Mucuy, la Paloma Torcaz, grita con voz plañidera: "Mucuy! Mucuy!", lo que ahora quiere decir, "Pobre de mí! Pobre de mí! Perdí! Perdí!" Y en los tristes acentos de su canto revela el hondo pesar que le causa la pérdida de su alígero vuelo, el cual no recobrará jamás".

Hacía mucho tiempo que Na-sul tenía grandes deseos de saber que significaba el canto de Mucuy. Todas las mañanas la escuchaba, y desde su ventana la veía paseándose por los jardines del Palacio, contoneándose y moviendo de arriba abajo su cabecita tornasol, con el orgullo de antes.

El Principito dió las gracias a la Vieja de Maní, y como un verdadero caballero la condujo otra vez al Palacio en la antigua ciudad de Chichén-Itzá. . . . .



El Palacio de Chichén Itzá, residencia del noble Principito Maya.

POR QUE LA CODORNIZ ANIDA EN EL CESPED

Para evitar el excesivo calor del medio día de los trópicos, los mayas han sido siempre madrugadores. Cuando el dulce canto de la Alondra saludaba la venida del nuevo día con sus melodiosas notas, los trabajadores se encontraban ya en las faenas campestres de sus milpas.

Una mañana al rayar el alba, el Principito y la noble señora, iban ya en camino del bosque donde vivía la Vieja de Maní. El pequeño Príncipe había sido dispensado de sus lecciones con motivo de una gran fiesta que había de celebrarse en el Palacio.

Cuando los visitantes llegaron, la viejecita no estaba en su casa. La puerta estaba abierta, y para descansar de su larga caminata, Nasul, el Príncipe, y la noble señora sacaron los

banquillos de madera y se sentaron a la sombra de la ceiba, para aguardar su regreso.

No habían esperado mucho tiempo cuando Na-sul, que la buscaba ansiosamente por todas partes, la vió salir de los matorrales trayendo algo oculto en su delantal. Lanzando gritos de alegría el niño corrió a encontrarla.

"¡Cuidado, noble Príncipe!", advirtió Xnuci, la Vieja de Maní, con una sonrisa. "Lo que traigo aquí es de naturaleza muy delicada". Y abriendo uno de los extremos de su delantal, le dejó ver su contenido.

Na-sul quedó pasmado de sorpresa. En el interior del delantal pudo contar diez pajaritos de color jaspeado, más pequeños que los pollitos recién brotados. El Principito estaba maravillado.

"¿Tuviste que subir a algún árbol para atraparlos?", preguntó Na-sul, ayudando a la viejecita a colocar los avispados pajaritos en una pequeña jaula de bambú.

"Oh, no, noble Príncipe!", respondió Xnuci-Maní, sonriendo por la cándida pregunta del Principito que demostraba su poco conocimiento de los hábitos y costumbres de ciertas aves. "Estos, anidan en el césped, pero hubo un día en que construían sus nidos en las copas de los árboles. Si alguna vez deseas oir esta historia..."

"Oh, por favor, cuéntamela ahora mismo!", suplicó el pequeñó Príncipe, agachán-

dose junto a la jaula para jugar con los pajaritos. Xnuci-Maní accedió gustosa y se sentó bajo la gigantesca ceiba.

"Se cuenta entre los antiguos mayas, que allá en aquellos tiempos, cuando los animales acababan apenas de formarse, Bech, la Codorniz, era el ave favorita de los dioses. Estaba dotada de un bellísimo plumaje, y un copetito muy coquetón adornaba su altiva cabecita.

Para proteger a sus pequeñuelos de las acechanzas de las fieras y cazadores, le era permitido construir su nido en las copas de los árboles. Así fué como su familia se hacía cada vez más numerosa.

Cualquier otro ser viviente hubiera estado muy agradecido por estos privilegios, pero la Codorniz, en la ofuscación de su egoísmo, no se daba por satisfecha. En su fuero interno abrigaba la esperanza de poseer algún día un mundo entero, en el cual no viviría nadie más que ella y su numerosa prole.

Una vez, el bondadoso Gran Espíritu sintió grandes deseos de visitar la Tierra. Anhelaba contemplar una vez más el mundo que había ayudado a crear. Invitó a Yaax-Kin, el Príncipe Sol, para acompañarlo en su viaje y tomando la forma humana descendió a la Tierra.

La noticia de esta visita hizo que Box-Buc, el Príncipe de las Tinieblas, se tornase negro

de envidia. Lleno de rabia juró vengarse haciendo fracasar los planes de los viajeros.

"Conocí al Gran Espírtu mucho antes que mi enemigo, el Príncipe de la Luz", gritó con voz atronadora. "La obscuridad imperó en el Universo mucho antes que la luz hiciera su aparición". Envolviéndose en su negro manto, Box-Buc se estremeció. Su tétrico Palacio estaba húmedo y frío, pues la luz del Sol jamás entraba en él.

Andando de un lado a otro Box-Buc trataba de coordinar sus pensamientos, cuando, con la velocidad del rayo, una idea cruzó por su mente. Las leyes divinas prohibían que un dios abandonase su puesto para mezclarse con los mortales en la Tierra.

"Si puedo probar que el Príncipe Sol ha visitado la Tierra", pensó, "no hay duda de que será duramente castigado". Después de haber formulado sus planes y haber enviado sus espías a seguir la pista a los viajeros, Box-Buc se sentó en su trono de ébano para aguardar el resultado de sus maquinaciones.

Mientras tanto el Gran Espíritu y el Príncipe Sol, disfrutaban alegremente de su jira por la Tierra. Habían recorrido ciudades y cruzado océanos sin el menor contratiempo. Y aunque los viajeros, sin abrigar la menor sospecha, estuvieron muchas veces a corta distancia de los espías, nunca pudieron éstos vislumbrarlos.

Era ya entrada la tarde cuando el Gran Espíritu y el Príncipe Sol llegaron a la tierra del Mayab. En esos momentos los espías les seguían la pista muy de cerca, y redoblaron sus esfuerzos para alcanzarlos antes de que el día se terminase.

Pero tan pronto como los visitantes entraron en la selva, los buenos genios del bosque se dieron cuenta inmediatamente de la presencia de los espías, y juraron proteger a sus huéspedes. Las raíces de los árboles formaron puentes sobre los abismos que habían de cruzar; las aguas tranquilas de los arroyos se apartaron para darle paso, y el polvo del camino se levantó en grandes y densas nubes para ocultar a los visitantes de sus perseguidores.

Contrariados por los constantes fracasos de sus planes, los espías decidieron interrogar a los pájaros. Dulcificando su áspera y desagradable voz hasta dónde les fué posible, preguntaron: "Pajaritos, ¿han visto ustedes a dos forasteros pasar por aquí?"

La fingida dulzura de sus voces no engañó a los astutos pajaritos. Sospechando inmediatamente la baja misión de los espías, rehusaron darles la información que pedían. Y saltando de rama en rama fueron en busca de las otras aves, para rogarles que no delataran a sus amados huéspedes.

Impulsados por el gran amor que profesaban a su creador, todos los pájaros de la alegre floresta ofrecieron hacerlo así. Solamente Bech, la egoísta Codorniz, que ambicionaba un mundo para ella sola, rió de buena gana al oir la petición.

"Por qué ha de importarme que pueda causar disgusto al Gran Espíritu?", rezongó, levantando su altiva cabecita con frío desdén. "De todos modos, yo no le pedí que venga".

Volviendo las espaldas a los azorados pájaros, Bech, la Codorniz, hizo una seña imperceptible con la cabeza a su numerosa prole para que se reunieran a su alrededor. Les dió instrucciones en secreto, y así que los divinos visitantes se aproximaron, su numerosa familia levantó el vuelo con estruendoso ruido.

Sorprendidos por aquel ruido inusitado, los viajeros se detuvieron un momento a investigar la causa, y en aquel mismo instante los espías los divisaron.

El Gran Espíritu sintió honda pena al darse cuenta de la estrategama malévola de Box-Buc. Pero al reconocer en el ave delatora a la Codorniz, aquella ave a quien él había amado tanto, lágrimas de cruel desengaño brotaron de sus ojos.

"Traicionera Bech", exclamó, dictando la sentencia. "De hoy en adelante, tú y todos los tuyos quedarán a merced de las fieras y caza-

dores, porque cerca de la tierra vivirás para siempre!"

El Principito maya levantó la vista. Su mirada se posó un instante en el rostro de la anciana y luego en la jaula de bambú.

"Si, noble Príncipe", dijo Xnuci-Maní, haciendo un movimiento afirmativo con la cabeza, "la sentencia se ha cumplido! Pues a pesar de ser yo una anciana, hoy mismo pude atrapar estos animalitos cuando se movían por el suelo".

Na-sul dió las gracias a la Vieja de Maní y le suplicó que le dejara ver de nuevo las Codornices en la jaula de bambú. Y antes de que pudiera apartarse de aquellas vivarachas avecillas, las violetas que bordeaban el camino que conducía al Palacio real, habían ya absorbido hasta la última gota de rocío...



Los Mayas festejaban el raudo vuelo de las aves de su linda patria.

POR QUE EL MOMOTO VIVE EN LA FLORESTA

Bajo las ramas de la frondosa ceiba, el Príncipe maya Na-sul y su aya, la noble señora, se hallaban sentados una tarde gozando de la suave y perfumada brisa de los montes circunvecinos. Sentada frente a ellos, la Vieja Xnuci-Maní cruzó las manos sobre su blanco huipil, (especie de camisa femenil) y dijo:

"Hoy, oh, noble Príncipe, escucharás la historia de Toh, el Momoto.

Cuando el Mundo estaba aún en la adolescencia, Toh era llamado el Pájaro Real del Mayab. Su larga y primorosa cola de espesas y barbadas plumas, le daba su reguia apariencia.

Estaba tan orgulloso de su linda cola, que desde que tuvo edad suficiente para ayudar en los quehaceres domésticos, se negó a hacerlo temeroso de estropearla.

Todas las mañanas, cuando el sol comenzaba a elevarse sobre los cerros artificiales del Mayab, Toh volaba hacia una tupida enramada donde un batallón de pájaros ociosos se reunía todos los días para charlar. Después de terminar sus acostumbrados paseos, Toh regresaba a su hogar donde le esperaba una apetitosa comida de insectos y sabrosas frutas.

Una mañana el cielo apareció cubierto de grandes y negros nubarrones. Las hojas de los altos árboles colgaban marchitas e inmóviles. Por doquiera las aves domésticas buscaban refugio temerosas de la próxima tormenta.

Yum-Chaac, el dios de las Aguas, lleno de ansiedad inspeccionó los Akales o sartenejas. Recordó con profunda tristeza cuando la Tierra estaba toda cubierta de agua. En aquel entonces las cargadas nubes no obedecieron su mandato y dejaron correr el agua no obstante que el suelo estaba ya empapado.

"No. no!", exclamó, cerrando los ojos momentáneamente. "Eso no sucederá otra vez".

Yum-Chaac no tardo más de un segundo en redondear sus planes. Llamó a sus amigos del bosque, y después de explicar a los animales más grandes lo que esperaba de ellos, asignó cada pájaro a su puesto.

El Pájaro Carpintero cortaría las ramas para formar diques a los Akales (receptáculos de agua) en caso de necesidad. El Mensajero

de los Caminos se encargaría de vigilar las veredas y vías de comunicaciones y avisar a los demás en caso de peligro. Desde las alturas el Cuervo inspeccionaría la marcha de los trabajos.

Yum-Chaac (Dios de las Aguas) ordenó a un grupo de robustos y fuertes pájaros que recogieran las semillas de las plantas silvestres a fin de replantar la floresta si esta fuese destruída. Entre estos reclutas se encontraba Toh, el Pájaro Real del Mayab.

Momoto no salía de su asombro. "¿Qué?", dijo, lleno de indignación, desplegando las esplendorosas plumas de su cola. "Se imaginan ustedes a un aristócrata como yo, con esclavos para su servicio trabajando como un pájaro cualquiera?" Toh estaba muy quitado de la pena alisando sus brillantes plumas, cuando un amigo le hizo ver que era peligroso desobedecer a un dios. "Yum-Chaac", dijo el amigo, "es el dios de las aguas". Así fué como Toh, dominando su tonto orgullo, marchó al punto con los demás.

Pero no estaba acostumbrado a trabajos rudos, y después de un corto tiempo quedó rendido de cansancio. Entonces, aprovechando un momento en que el Cuervo no estaba a la vista, se escabulló sin que nadie lo notara.

Cerca de la entrada principal de la floresta había un pequeño pero espeso matorral. Bajo éste, Momoto se agazapó quedando casi

pegado al suelo. Su cuerpo, incluyendo su largo y pesado pico, quedó completamente oculto. Y aunque su larga cola, extendida en forma de abanico, quedaba atravesando un estrecho sendero, se combinaban tan bien los colores de sus plumas con los matices de los campos, que Toh (Momoto) creyó escapar el ojo alerta del guardia. Así, sin cuidado alguno, pronto quedó profundamente dormido.

Mientras tanto el cielo se había cubierto completamente de espesas y negras nubes cargadas de agua. Una brisa fresca y húmeda comenzó a soplar. Primero muy suavemente, y luego aumentando su velocidad. De pronto la culebreante luz de una centella rasgó las nubes que cubrían el cielo. El estampido ensordecedor del trueno repercutió en toda la floresta, y gruesas gotas de agua empezaron a caer.

Presas de repentino pánico los animales de la selva corrían en todas direcciones, enloquecidos por los continuos rugidos de los truenos. Pisoteando cuanto encontraban a su paso y ansiosos de ponerse a salvo, muchos salieron precipitadamente de la floresta por el estrecho sendero sobre el cual se hallaba extendida la cola del dormido Momoto.

El sol estaba muy alto cuando Toh despertó al siguiente día. La tormenta había pasado, y los pájaros cantaban alegres bienvenidas al brillante Sol.

Momoto pensó en los amigos con quienes se reunía todas las mañanas. Y deseoso de saber cómo habían sobrevivido aquellas horas de rudo e inusitado trabajo, comenzó a desperezarse. Primero extendió un ala y luego la otra. Haciendo un poderoso esfuerzo al fin pudo levantar su cuerpo del lodazal en que se encontraba, y echó a volar hacia el lugar donde se encontraban sus amigos.

Apenas había puesto un pie sobre la rama en que acostumbraba posarse bajo la florida enramada, cuando una carcajada general le hizo incorporarse lleno de sorpresa.

"Tu cola!", le gritaban sus amigos en medio de violentos accesos de risa. "Tu bella cola está arruinada!"

Sin darse cuenta de lo que querían decirle, Toh (Momoto) comenzó a reir con ellos. Pero los escandalosos pájaros, desternillándose de risa le rodearon apuntando hacia su cola, con ademanes de burla.

Sin comprender hasta entonces la causa de tanto alboroso, Toh miró para atrás...

Un grito horrible que helaba la sangre en las venas, se escapó de la garganta de Toh, al ver el daño irreparable que había sufrido su cola. En aquel instante dejaba de ser el "Pajaro Real del Mayab", pues de las espesas y barbudas plumas que formaban su larga y primorosa cola, sólo quedaban dos pelados huesos terminados en ovaladas puntas.

Para evitar el ridículo ante sus antiguos camaradas, Toh voló a lo más profundo de la floresta, y en donde la luz raramente penetra, construyó su hogar.

Y ahora, oh, noble Príncipe, Momoto vive en la más completa soledad. Anida en los huecos de los árboles, y jamás se le ve en compañía de otros pájaros, con excepción de su familia más inmediata".

El Príncipe Na-sul dió las gracias a la Vieja de Maní, y le entregó el regalo que había llevado para ella. Esta vez había escogido un magnífico vaso ornamental de vivos colores, como obsequio para la viejecita. Con un guiño de sus alegres ojos, el Príncipe Na-sul tomó la mano de la noble señora y partieron antes de que la Xnuci, la Vieja de Maní, tuviera oportunidad de rehusar su valioso presente...